

PRÓLOGO

Carlos LALIENA CORBERA

Universidad de Zaragoza

Al doblar el Cabo de Hornos de la crisis bajomedieval, en la década de 1380, el reino de Aragón inició una etapa durante la cual la penuria demográfica no fue obstáculo para una vasta y silenciosa recomposición de sus estructuras económicas, beneficiadas también por un largo periodo de paz. Una paz rota, es cierto, durante los años del Interregno, pero que, con la salvedad de esta crisis política, se mantuvo a lo largo de medio siglo en el que la estabilidad fue la nota predominante. En un ambiente de moderado optimismo mercantil en el Mediterráneo occidental, los aragoneses continuaron la transformación agraria que habían iniciado pocas décadas antes, con el positivo resultado de concentrar su actividad en algunos productos demandados por los mercados: el trigo, el aceite y el azafrán figuran entre los más destacados, pero no son los únicos. Junto a ellos, los rebaños de ovejas trashumantes proporcionaron ingentes cantidades de lana, exportada hacia Florencia y Venecia, cuando no utilizada en las industrias locales. En este mundo de mercaderes italianos, alemanes, catalanes, valencianos, castellanos y aragoneses que entrecruzaban sus negocios, Zaragoza —entre otras ciudades del reino— disfrutó de un modesto pero perceptible auge que sostuvo su población de unos 20.000-25.000 habitantes, la hizo avanzar en el desarrollo de unas manufacturas cuyo prestigio estaba en alza y consolidó su posición regional de una manera bastante evidente. Entre los aspectos más interesantes y peor conocidos de esta fase de crecimiento económico de Zaragoza y Aragón, se cuenta la afluencia de capitales y hombres de negocios catalanes decididos a intervenir en los mercados aragoneses de materias primas y aprovechar las condiciones que ofrecía un sistema financiero cada vez más vigoroso. A la inversa, resulta también posible observar a importantes mercaderes de procedencia aragonesa que se instalaron en Barcelona para manejar estos mismos flujos comerciales desde la plataforma de la ciudad condal. Una investigación sobre esta cuestión, como la llevada a cabo

por Sandra de la Torre, tiene la virtud de partir de un terreno bien circunscrito para iluminar diversos puntos de esta trayectoria del reino y la Corona, un escenario que hasta hace poco tiempo se circunscribía a una interpretación demasiado catastrofista del panorama económico.

A lo largo de los últimos treinta y cinco años, los medievalistas aragoneses han puesto de manifiesto la importancia de estos factores —especialización agraria, inserción en el espacio mediterráneo, estabilidad institucional— de la dinámica económica; en particular, los trabajos de José Ángel Sesma Muñoz han mostrado la riqueza de perspectivas que procura el comercio aragonés del siglo XV en sus múltiples facetas. Desde 2006, tres Proyectos de Investigación ministeriales consagrados a los diferentes componentes del movimiento económico en un ciclo largo, que comprende desde mediados del siglo XIII a principios del XVI, han sido dirigidos por Carlos Laliena Corbera en esta línea que prolonga investigaciones anteriores. El primero de ellos se nutrió de las propuestas de los historiadores británicos sobre la inesperada y elevada presencia de todos los grupos sociales en los mercados, entendidos como instituciones y no solo como lugares físicos, y pretendía evaluar el grado de avance de estas infraestructuras en Aragón, con una formulación muy precisa: *La formación de los mercados y el desarrollo de la comercialización en la economía aragonesa durante la Baja Edad Media (siglos XIII-XV)* [HUM2006-09642/HIST]. Este proyecto dio lugar a diversas publicaciones centradas en torno al problema del crecimiento y la creación de redes bien articuladas de mercados y ferias entre 1250 y 1350.

A partir del siguiente Proyecto, el objetivo fue testar diferentes componentes de la economía aragonesa con un enfoque que seguía con atención los planteamientos de la «Nueva Historia Económica Institucional», convertida alrededor de 2010 en el paradigma dominante en el campo de la historia económica, y centrada en la influencia de fenómenos que, en sentido estricto, pueden considerarse institucionales, pero también muchos otros que dependen de los modelos culturales de una sociedad dada. El potencial de estos conceptos y su aplicabilidad al mundo medieval —aunque fuese en términos cualitativos más que cuantitativos— aconsejaba verificarlos en el caso aragonés, que se prestaba bastante bien a un análisis de esta naturaleza. El título de este segundo proyecto indica sus expectativas: «Mercados y desarrollo en Aragón (1250-1300): vínculos mediterráneos, distribución, abastecimiento urbano y costes de transacción en una economía bajomedieval» (HAR2009-12280). Se trataba de acercarse a la integración de las redes mercantiles del reino en las del resto de la Corona y, a su vez, en las abiertas en el Mediterráneo occidental, como signo de que la especialización agraria antes mencionada funcionaba y conseguía resultados importantes. La segunda preocupación estaba centrada en una vertiente concreta de este proceso,

el aprovisionamiento de las ciudades en una época caracterizada por una intensa demanda desde los núcleos urbanos como Barcelona o Valencia —y Zaragoza— y la aparición de nuevos agentes productores y exportadores, entre los que destacan las islas italianas, Sicilia y Cerdeña, incorporadas en este momento a la Corona de Aragón. El tercero de los indicadores estudiado, los costes de transacción, permite enlazar con el siguiente Proyecto, que continuó con el mismo criterio de examinar temáticamente el sistema productivo aragonés.

Si los costes de transacción nos colocaban en el terreno de la legislación —y los derechos de propiedad—, la justicia, los impuestos, la escritura y los contratos, la confianza empresarial y la fiabilidad de las instituciones, en este tercer proyecto los objetivos fueron todavía más amplios, como sugiere el título: «Economía del conocimiento, consumo y cambio institucional en el desarrollo económico de una sociedad mediterránea bajomedieval: Aragón (1350-1500)» (HAR 2012-32931). Los ecos de dos grandes corrientes de la historia económica, la relacionada con el impacto de los saberes técnicos y las redes sociales que los hacen posibles y los difunden, por una parte, y la abarcada por la noción de «revolución industrial», que explicaba el crecimiento económico moderno por el impacto del consumo, son palpables en la organización de este Proyecto. No hace falta decir que las dimensiones de esta agenda de investigación impedían otra cosa que un acercamiento inicial a una serie de problemas que relacionaban cultura y cambio económico, con la finalidad de proseguir a medio y largo plazo un trabajo que debe ser colectivo. El impacto de las instituciones en espacio económico, la significación del consumo popular y la percepción de que el mercado crediticio, en especial el articulado por la deuda censal, tanto la pública como la que podemos calificar de semiprivada, era de un tamaño difícil de imaginar, son algunos de los datos que componen el inventario evidenciado a través del proyecto, que en absoluto está agotado con esta sucinta lista.

La tesis de Sandra de la Torre, que está en el origen del libro que el lector tiene en sus manos, se sitúa en este contexto de investigación. Aborda, como ya se ha sugerido, un tema específico dentro de la panorámica general que he trazado: la formación de las grandes fortunas en la Zaragoza de finales del Trescientos. Para comenzar y como advertencia necesaria, es importante subrayar que se integra en el marco de la historia económica y que, en consecuencia, aspira a definir problemas de esta disciplina y hacerlo, en la medida de lo posible, en términos cuantitativos: tamaño de las empresas estudiadas, su ámbito de negocio, el capital involucrado, la distribución del capital y, en general, cuáles eran las inversiones y los beneficios de las tres principales compañías zaragozanas. Por tanto, no pretende ser un estudio de historia social sobre la elite de ciudadanos honrados de Zaragoza, un proble-

ma bien tratado por Enrique Mainé y Susana Lozano, ni siquiera sobre un subgrupo determinado de esa elite, los mercaderes de la ciudad, sino un análisis de tres empresas de gran calado en el universo mercantil de la Corona del periodo comprendido entre 1380 y 1430. Eso no supone que se ignoren las informaciones sobre los comportamientos políticos, culturales e ideológicos de los personajes que encabezaban estas familias, en la medida que explican, al menos en parte, sus decisiones comerciales, pero sí que no se trata de una visión genérica sobre los hombres de negocios zaragozanos y los elementos que definían su posición de clase.

Por otra parte, más que resaltar las características de la metodología empleada por la autora, a medio camino entre la biografía y la prosopografía, es preciso señalar que las fuentes que ha podido manejar son indirectas, es decir, están formadas por una amplia gama de libros de cuentas reales, documentos de Cancillería, recibos de pagos efectuados por las comunidades campesinas, testamentos, información genealógica y un largo etcétera de materiales documentales, entre los que destacan por su masiva aportación los protocolos notariales de Zaragoza y Barcelona. Como es bien sabido, los protocolos entregan al investigador una miríada de detalles de muy diversa entidad, de tal modo que la suma de estos datos tiende a configurar un tapiz en el que hay huecos y, en algunas partes, el dibujo carece de nitidez, pero que, como ocurre en este caso, es posible apreciar en su composición, la riqueza de su color y la calidad de su diseño. Con esta metáfora pretendo decir que, sin duda, la pérdida de los libros contables de estos magnates es muy lamentable, pero la documentación que producían alrededor de su intensa actividad profesional es de tal calidad que ha permitido a Sandra de la Torre proporcionarnos un cuadro muy completo del funcionamiento de estas firmas.

Los protagonistas de esta obra, es ya tiempo de presentarlos, son Beltrán de Coscó (fl. 1373-1411), Ramón de Casaldáguila († 1428) y Juan Donsancho (fl. 1372-1410), dueños de compañías, tiendas y, en los dos primeros casos, de señoríos; arrendadores de rentas eclesiásticas y señoriales, acreedores de los monarcas y del reino de Aragón, compradores de deuda pública de multitud de comunidades rurales, banqueros, cambistas, mercaderes dedicados al cereal, la lana, las pieles y telas de alta calidad, el pastel y muchos otros productos de lujo o de alto nivel de comercialización, en definitiva, hombres de negocios de intereses enormemente extensos. De ellos, Sandra de la Torre examina con rigor y sutileza las empresas como instituciones familiares, su organización interna y la sucesión, incluida la forma de transmitir los diferentes segmentos de la actividad que llevaban a cabo a descendientes directos, pero también a otras empresas. Analiza las compañías que reunían el capital de amigos, colegas y clientes para invertir fondos en arren-

damientos de rentas de toda índole, en la gestión de los impuestos del General de Aragón y en la administración de los grandes rescates financieros de las Comunidades de aldeas, agobiadas por deudas elevadísimas. Muestra, además, las «tiendas» que actuaban como sedes sociales de estas compañías. La autora presenta, además, los principales horizontes de la actividad comercial de estas tres empresas: el atlántico —al que estaba abocado especialmente Juan Donsancho—, el transpirenaico —patrimonio de Beltrán de Coscó— y el mediterráneo —que, basado en el cereal, era el terreno de Ramón de Casaldáguila—, un modelo en la que la separación de sus principales focos de atención era la norma, que parece trasladable a otros campos de la relación de estos personajes. Es poco probable que este pacto de no agresión comercial, financiero y político, que por supuesto nunca fue absoluto, fuese casual o efecto de una imagen distorsionada por las fuentes. Por el contrario, debió ser el resultado de otros condicionantes: la tendencia de Juan Donsancho a moverse en el entorno real y en Barcelona; la prevalencia del comercio textil y la relación con el arzobispo de Zaragoza de Beltrán de Coscó; y una mayor capacidad para asumir riesgos derivados de la relación con las instituciones públicas de Ramón de Casaldáguila.

Como el comercio, la banca era también un espacio en el que se desenvolvían Coscó, Donsancho y Casaldáguila, interviniendo en el crédito privado, mediante el préstamo de dinero para la financiación de la monarquía en un momento crucial, la conquista de Sicilia, y, en un lugar también muy destacado, ofreciendo los recursos de liquidez imprescindibles para las grandes instituciones del reino. Sobresale, en este sentido, la oscura pero esencial actuación de Casaldáguila durante el Interregno, cuando proporcionó los medios para que el Parlamento aragonés pudiera pagar sus gastos, nada pequeños. En cierta medida, los arriendos de rentas eclesiásticas y feudales son parte de este circuito financiero, cuya importancia es difícil de exagerar. Es suficiente con comprobar las cifras de arrendamientos como los de las primicias, otorgadas para cubrir las necesidades de Pedro IV y Juan I en los años 1380, cubiertos por Juan Donsancho, para hacerse una idea de la magnitud de estos negocios. Entre ellos, el arrendamiento de los impuestos aduaneros de la Diputación aragonesa demostró ser el mayor en cuanto a movimiento de dinero en el primer tercio del siglo XV, y contó con la participación de Casaldáguila. Tanto este personaje como Coscó compraron señoríos e invirtieron sus recursos en un tipo de ingresos a largo plazo y, sobre todo, que transmitían respetabilidad. Sus descendientes obtuvieron, en consecuencia, un estatus elevado en el seno de la clase dirigente del reino, aunque, conviene añadir, tardaron en abandonar por completo su actividad como negociantes, una evolución que dependió no solo de la absorción de valores aristocráticos, sino también de las vicisitudes familiares.

No se trata aquí de resumir las conclusiones de una investigación ejemplar, sino de mostrar las virtudes de un libro que es el resultado de una tesis doctoral calificada con premio extraordinario en su momento y que fue el fruto de cuatro años de beca y contrato predoctorales dentro del programa de Formación del Personal Investigador (2010-2014), aprovechados al máximo por Sandra de la Torre. Durante este periodo, tres estancias de investigación en Florencia, Cambridge y Amberes le permitieron adquirir una familiaridad con las tendencias más avanzadas en la historia económica urbana y, en términos amplios, bajomedieval, que se refleja en la voluntad comparativa que preside este trabajo. Un trabajo que hace honor a la vocación investigadora de la autora, a su dedicación —que evidencian otros libros y artículos sobre esta problemática, pero también sobre diversos aspectos que le han interesado y que no puedo detallar aquí— y a la calidad extraordinaria de su formación. Al concluir este prólogo, solo puedo desear que las circunstancias le sean favorables para proseguir con una carrera científica que ha iniciado de una manera tan prometedora y que invita a imaginar la riqueza de resultados que puede producir, resultados absolutamente necesarios para una historiografía medievalista en proceso de renovación.